

Cecodap es un ejemplo de preocupación constante

Avestruces dentro y fuera de la escuela

Sebastián de la Nuez*



Fernando Pereira

La violencia escolar –un fenómeno venezolano en pleno avance– debe verse desde una perspectiva multidimensional. La sociedad, no sólo quienes están directamente relacionados con la educación, debería tomar cartas en este asunto. Pero no atisba el problema con claridad o no lo ve en absoluto

No hay empresa alguna que dedique sus recursos por responsabilidad social a este tema. No hay interlocución entre una ONG dedicada durante 25 años a este tema y las autoridades gubernamentales –al parecer, el Estado no se ha dado cuenta de que existe el problema–; ni hay conciencia entre la generalidad de los maestros de la necesidad impostergable de enfrentar, sin tapujos, la violencia escolar. No se puede seguir ignorándola. No se puede seguir como el avestruz que mete la cabeza bajo tierra.

En Cecodap, Fernando Pereira y Oscar Misle, más el equipo que los acompaña, lo tienen bien claro y hacen lo que pueden. Pero no es suficiente. Pereira –caraqueño y educador– fue uno de sus fundadores hace casi 26 años. El Centro Comunitario de Aprendizaje o Cecodap comenzó cuando él y Misle estaban en el Centro de Experimentación para el Aprendizaje Permanente (Cepap) de la Universidad Simón Rodríguez, en Caricuao. Trabajaban con las comunidades de Las Adjuntas, sobre todo en el barrio El Ciprés, en educación de adultos bajo el método de Paulo Freire. Allí vieron que el planteamiento sobre los niños era constante. Niños sin atención ni acceso a la educación.

Durante todos estos años no han parado, rasguñando recursos en organizaciones europeas –de Suecia, Alemania, Holanda, Bélgica y España–, defendiendo a niños, niñas y adolescentes antes y después de la Lopna. Misle y Pereira tenían su carrera docente que les permitía mantenerse, pero el resto del tiempo que no ocupaban en la Universidad lo invertían en trabajo social, con una vocación impregnada por los salesianos que les habían influido desde su temprana juventud.

EL ROL DEL MAESTRO

El tema de la violencia escolar ha ganado protagonismo pero eso no quiere decir que se sepa qué hacer al respecto. Padres, líderes de comunidades y maestros plantean el tema con interés y preocupación. Sin embargo, no está nada cla-

ra la respuesta que la sociedad da al problema; hay un fallo determinante en esto, que son las políticas públicas. “Ahí vemos un gran vacío”, dice Pereira sentado en la salita de reuniones de la sede de Cecodap en Bello Monte. “Es un fenómeno ante el cual no tenemos ni las respuestas institucionales ni los recursos necesarios para poder abordarlo”.

De allí el valor de lo que ha hecho, a su modo de ver, el Centro Gumilla: sentar a diversos actores que, desde distintas actividades o roles, se relacionan con el problema.

Pereira habla de la doble vertiente que encierra el fenómeno:

—Por un lado tenemos la idea de la escuela como un lugar para la formación ciudadana, para promover la ciudadanía; para la paz. Por años dijimos que, si los niños están en la escuela, los hemos ganado; pero tenemos, por otro lado, el quiebre de un modelo: las escuelas ya no son más espacio para la formación ciudadana, ni espacios para la paz, ni espacios seguros.

Ante esto, muchos docentes se manifiestan absolutamente desconcertados. Cuando la gente de Cecodap los ha consultado en talleres o reuniones, encuentra respuestas variadas. Los docentes o directivos puede que aleguen que “aquí no hay violencia”. Claro: quizás no haya habido una puñalada o un disparo —como sí ha pasado desgraciadamente en algún liceo— pero el asunto es que no hay distinción entre casos de violencia y lo que podría calificarse como *cosas de muchachos*, de toda la vida. Y viene la excusa por parte del maestro o directivo: “A mí no me prepararon para ser policía. O para ser psicólogo. O para ser trabajador social. Yo soy profesor”.

Por lo tanto, los casos delicados son enviados al orientador, si es que existe tal figura en la escuela o liceo. Pero detrás, incluso, de algunas expresiones duras que a veces se han escuchado (“yo no soy niñera de nadie”) lo que hay en realidad es un profundo temor por no saber qué hacer.

TRABAJO PROFESIONAL

Dentro del equipo de Cecodap hay un abogado y una periodista más un grupo de colaboradores: médicos, educadores, psicólogos. Cecodap trabaja algunos temas en alianza con otras ONG. Actualmente desarrolla un curso en la UCAB denominado *Prevención de la violencia y promoción del buen trato en la convivencia escolar*. Además, ofrece un curso para promotores del buen trato a muchachos en los centros de estudiantes y de mediación para resolución de conflictos (gratuito); hay, además, un grupo de jóvenes perteneciente a diecisiete escuelas Fe y Alegría con quienes los profesionales de Cecodap se reúnen una vez al mes.

También, una vez al mes, se organiza un coloquio con temas que le preocupan a la gente

de escuelas públicas pero también de algunos colegios privados. Allí se indaga acerca de preocupaciones de la crianza, se identifican diferentes formas de violencia.

Una constante moderna: se está viendo cada vez más la grabación en video de peleas y/o creación de páginas web donde se montan materiales indebidos. Hay un problema reciente en un colegio de monjas. Nada menos que en un colegio de monjas. Un grupito de muchachas abrió un blog con obscenidades. Esto tiene en ascuas al colegio.

El *chalequeo*, las tecnologías y el qué hacemos: tales son los vértices del problema. El equipo de Cecodap anima a los colegios a hacer un plan de convivencia. No es cuestión de charlas aisladas en el tiempo sino de adelantar durante todo el año, todos los años, de forma constante, un programa liderado por un equipo interno cohesionado. “Colegio donde no se preocupa la directiva porque no tienen tiempo o porque son sólo interesados en los problemas administrativos, la cosa se pone difícil”, advierte Pereira.

No en todas partes se logra el equipo. No en todas partes se logra avanzar. Sí se avanza donde se identifica el problema y los involucrados sienten que el fenómeno les afecta. A veces, el mismo renombre del colegio constituye una especie de muro: nadie quiere admitir públicamente que allí se arrastran traumas de convivencia porque, de esa manera, se admite de forma abierta que la tradición de prestigio de un colegio o liceo ya no vale. “Hay como un chantaje emocional”. Es decir, se le teme a la *raya* social.

Se le plantea a Pereira hacia dónde enfocaría una campaña para combatir la violencia en la escuela, si contara con recursos ideales. Contesta que el combate comienza con asegurar un hogar sano.

—De alguna manera trataría de mostrar que el problema de la violencia en la escuela no está aislado de la que, en general, afecta al país. La escuela no está en una campana. Pero hay que empezar por entender que *hay* un problema. Mucha gente ni siquiera lo reconoce como violencia, salvo que haya unas expresiones pico. Pero básicamente el Estado tendría que entender que éste no es un problema de seguridad exclusivamente. Si vas a buscar en los medios, quienes te hablan del tema en los últimos tiempos son los representantes de los cuerpos policiales: Prevención del Delito, Interior y Justicia. Que evidentemente tienen que hablar, pero hay un vacío por parte de las autoridades propiamente educativas.

Tampoco hablan las autoridades del área social, ni de la cultura, la recreación o la comunicación.

—¿Qué debe hacerse en materia de comunicación?

—La Lopna que entró en vigencia en el año 2000 plantea el estímulo a los programas de calidad en los medios; la ley de contenidos hace énfasis en ese aspecto. Sin embargo tenemos en la televisión un vacío total. A pesar de que hay



un cuerpo legal que supuestamente promueve valores, no hay nada en la práctica. ¿Dónde están las producciones de alta calidad planteadas allí, en la ley, mediante la creación de fondos pertinentes?

HACE FALTA VER

Se necesitan unas estadísticas siempre al día para que las políticas públicas tengan algún sentido.

—Porque si no tienes eso, trabajas por tanteo —dice Pereira—. Con las estadísticas puedes plantearte políticas públicas que le entren al problema de manera seria.

Hay una comparación que suelen hacer los miembros de Cecodap: a veces, los niños sufren tanto al asistir a su escuela todos los días como podría sufrir un adulto a quien obligan a trabajar en una cárcel sin ningún tipo de protección.

—Tú tienes que estar allí todos los días, y si no vas, te castigamos. Eso es terrible. Hay chicos que padecen a compañeros más grandes quienes continuamente los humillan, les quitan su merienda, les pegan. Y nadie hace nada porque sencillamente la escuela es así y la vida es así; esa es la cultura en muchas escuelas públicas o privadas, católicas o no. Y es algo que se relaciona con el no saber qué hacer. Lo hablas con algunos docentes y te dicen: “A mí cuando era pequeño me enseñaron que uno debía arreglar sus problemas”. Otros te dicen que, al intervenir, quizás resulte peor para la víctima porque entonces toman represalias contra ella. O llaman a los padres y a veces ellos mismos no reconocen el problema; de modo que no hay claridad en si se debe intervenir o no.

Los profesionales de Cecodap se han encontrado con que hay chicos que llevan tres años cargando ese *sambenito* de un mayor que los oprime, y en la escuela dicen que sí, que saben que eso es así pero en concreto no se hace nada. Pereira añade otro elemento:

—Si el niño tiene algún defecto físico o alguna discapacidad; o presenta algún amaneramiento, todavía peor. Hay una cultura de intolerancia hacia quien es distinto. Pero la escuela no sabe

qué hacer con eso; te dicen que los niños llegan para aprender matemáticas, biología, valores... Lo que tú quieras, pero ese otro tipo de cosas como que escapa al hecho educativo.

EL GRAN AVESTRUZ EN ACCIÓN

Fernando Pereira opina que es necesaria la preparación de quienes van a trabajar con niños y adolescentes.

—Hemos estado en liceos y en escuelas técnicas comerciales donde comienzas a hablar con los adolescentes y aparecen situaciones de duelo, pérdidas; que les mataron a un vecino, a un hermano, etcétera. En las escuelas de sectores populares esta situación toca la vida de varios muchachos. Hay miedo, dolor, rabia. Oscar utiliza una expresión: *qué traen los chamos en el morral*. Además de libros y lápices, traen eso, dolor y rabia.

Y si rabias y dolores no se hablan en la escuela, de alguna forma encuentran un modo de ser drenados. Se supone que los jóvenes asisten para aprender cosas prácticas y la conseja general es que, si cargan esos problemas, mala suerte. “Pero justamente los muchachos no se pueden desdoblarse; vienen con lo que tienen”, alega Pereira.

No hay estadísticas en ninguno de los ámbitos y eso también abona a favor de la inercia y la anomia. Por ejemplo, no se sabe cuántos casos de niños maltratados hay en el año, ni abusados sexualmente. No se sabe cuántos adolescentes hay privados de libertad, ni cuántos afectados por violencia escolar, datos que deberían estar a la mano para poder tomar decisiones hoy y no que dentro de varios años el Estado se dé cuenta de que hubo un pico en tal o cual renglón, no atendido.

Un primer informe para la Comisión de los Derechos del Niño de la ONU se hizo durante las postrimerías de la administración Caldera; en 2007 se presentó el segundo. Este año debe presentarse otro, pero hasta ahora las autoridades venezolanas no lo han hecho o se lo tienen callado.

Ante ambos informes presentados, los encargados de esta materia en la ONU recomendaron que se elaborasen estadísticas sociales con datos actualizados para orientar políticas públicas. Ni caso.

Hasta 2005, el Cicpc pasaba desde su división estadística todos los casos en que aparecían menores como víctimas o victimarios: muchachos procesados por robo o por homicidio; las víctimas por edad, por sexo... Desde 2005, mutis total. Se suponía que el INE se encargaría de los indicadores de la niñez, pero en Cecodap tienen escuchando esa promesa desde hace al menos diez años.

Aquí el gran avestruz, el mayor de todos, es el Estado, que por no ver —¿para no estresarse?— no desea ni saber de estadísticas y así no darse por enterado.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.